

CORRESPONDENCIA DIPLOMÁTICA

DEL

Doctor JOSÉ ELLAURI

1839 - 1844

: Publicada, anotada y precedida de :
: un estudio biográfico del Doctor :
: José Ellauri por don DARDO ESTRADA :

PRÓLOGO DEL DOCTOR GUSTAVO GALLINAL



MONTEVIDEO

TALLERES GRÁFICOS A. BARREIRO Y RAMOS

Barreiro & Cia., Sucesores

Calle Bartolomé Mitre, número 1407

1919

CORRESPONDENCIA DIPLOMÁTICA



For Ellarid

CORRESPONDENCIA DIPLOMÁTICA

DEL

Doctor JOSÉ ELLAURI

1839 - 1844

: Publicada, anotada y precedida de :
: un estudio biográfico del Doctor :
: José Ellauri por don DARDO ESTRADA :

PRÓLOGO DEL DOCTOR GUSTAVO GALLINAL



MONTEVIDEO

TALLERES GRÁFICOS A. BARBEIRO Y RAMOS
Barreiro & Cia., Sucesores
Calle Bartolomé Mitre, número 1467

1919

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Inconclusa se entrega a la prensa la biografía del doctor José Ellauri que Dardo Estrada preparaba para el libro que ahora sale a la luz. El autor, que donó al Instituto Histórico y Geográfico, para ser publicado, este valioso cuerpo documental, dirigió personalmente su impresión y dió al editor en redacción definitiva hasta el Capítulo V de la biografía preliminar. Los fragmentos restantes, recogidos de entre los manuscritos de Estrada después de su fallecimiento, son publicados con escrupulosa fidelidad, respetando sus lagunas e incorrecciones de trabajo al que la muerte puso imprevisto término.

Este libro avivará en quienes lo lean el recuerdo del escritor caído en plena juventud y en la iniciación de su carrera. ¡Qué inagotable sugestión de tristeza emana para mí de los borradores sobre los que se rindió, vencida de mortal desaliento, la mano de Estrada, antes de concluir su labor! Hojas sueltas, dispersas en el desorden de las páginas que, tarde ya, fatigado el espíritu en afanosa velada, se abandonan sobre la mesa de trabajo para tornar a ellas con renovado brío tras el reposo de la noche. Pero Dardo Estrada no despertará ya, en la tierra, del sueño en que se ha sumergido su espíritu. A otros ha tocado ordenar esa obra trunca, último resplandor vacilante que envía desde la eternidad aquella clara inteligencia, súbitamente extinguida.

Fué resolución del Instituto que esta biografía, aún no concluída, encabezara, sin embargo, el libro al que estaba destinada. Ella vale como un considerable aporte de datos y noticias; es, aun así, una de las mejores monografías de nuestra literatura histórica. Recuerde, quien desee comprobar ésto, los po-

cos y deficientes apuntes biográficos anteriores relativos al constituyente Ellauri; las breves páginas de De María y de Bauzá, por ejemplo, tan someras como poco eficaces para hacer revivir ante los ojos del lector la fisonomía del prócer y descubrir su íntima contextura espiritual. Este ensayo de Estrada está cimentado sobre una sólida documentación, casi toda ella inédita, y escrito con la eficaz sobriedad propia de quien sólo aspira a expresar con precisión y justeza su pensamiento; es la obra de un trabajador versado en los métodos modernos de escribir la historia y dotado para ello de una información documental y bibliográfica amplia y nueva. Sobre el fondo gris de la sociedad colonial, vemos perfilarse la silueta del capitán don Juan de Ellauri, rico hombre, capitular, alcalde de primer voto, síndico procurador, personalidad notoria en la opaca monotonía de la crónica aldeaniega; producida la invasión inglesa, el redoble marcial de los tambores enardece en las venas de don Juan de Ellauri la guerrera sangre hispana y lo induce a participar en los combates de la Reconquista y en la defensa de Montevideo, donde con su comportamiento valeroso renueva el lustre semiapagado de sus blasones. De este noble tronco y de madre criolla nació José Ellauri, impulsado a la carrera eclesiástica, como tantos otros de aquella sociedad, más que por moción íntima de la vocación, por la voluntad familiar que acaso hubiera prevalecido sin violencias en el espíritu del joven, de no producirse los magnos sacudimientos sociales que, todavía en la época de su formación espiritual, abrieron libre cauce a su ambición y brindaron otro empleo al saber, no escaso, adquirido en los claustros coloniales. Suya, y de la etapa primera de la vida, es una tentativa de trazar la historia montevideana, propósito evidenciado en oficio dirigido al Cabildo en 1810 para que se le franquearan los archivos municipales. Obscura es su ac-

tuación durante las guerras de la independencia. Vinculado primero a la causa de la reacción española que, apoyada en la ciudadela de Montevideo, defendía con heroico tesón su caduco dominio, aparece luego, en 1811, en Río Janeiro, preso por hallarse complicado en conspiraciones políticas con Rodríguez Peña y otros, señalando este suceso su orientación definitiva hacia la causa patriota. Desde la quietud de su bufete de abogado, radicado en Buenos Aires, ve transcurrir la época artiguista y portuguesa, sin participar de los azares de la sociedad a la que por nacimiento pertenecía. Sólo en 1824 se trasladó finalmente a Montevideo y, en el año 1828 el voto público lo designa para formar parte de la Asamblea Constituyente y Legislativa, donde conquista para su nombre el título más alto que ostenta para el recuerdo de la posteridad. En el seno mismo de esta Asamblea se propagan los estremecimientos políticos que preludian la larga convulsión dolorosa de nuestras luchas internas, y Ellauri aparece alistado en uno de los bandos en pugna. Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores en 1830, bajo el Gobierno Provisorio del general Rondeau, Senador en el propio año y por breve plazo, para ir a ocupar el Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores a que lo llamó el general Rivera, Diputado luego en todo el período de la Segunda Legislatura, Fiscal General, Ministro de Gobierno en 1839 por nombramiento del delegado Pereira, puesto que asume también en la segunda presidencia de Rivera, hasta que en 1839 es nombrado para desempeñar la misión en Europa. Toda la parte de este trabajo que corre desde la actuación de Ellauri como Constituyente hasta su partida, da la impresión de no hallarse en redacción definitiva; y a ese período y al que abarca su actuación durante el dilatado período de la misión en Europa corresponden las anchas brechas que se abren en esta biografía lastimosa-

mente inconclusa. La documentación del texto ilustra y esclarece esa misión en su parte primordial. Para cerrar esos huecos y completar el período anterior, Estrada había acumulado rico caudal documentario formado por la correspondencia confidencial del protagonista y por correspondencias inéditas de muchos de sus contemporáneos; había realizado una paciente compulsa bibliográfica; había rastreado en las colecciones de diarios las huellas de la actuación de Ellauri.... El relato se reanuda con el retorno de Ellauri al país en 1855, prolongándose sin otro vacío hasta su fallecimiento en 1867. La muerte vino a él lentamente, preparada por largos años de retraimiento y soledad en el hogar, años cuya melancolía dice Estrada en sobrias frases de emoción contenida y sincera. Esta monografía es de aquellos trabajos que, más que ningún pomposo discurso, dan a conocer un personaje histórico y fijan con nitidez sus perfiles para que luego puedan ser acuñados en el disco de metal recordatorio.

De estas monografías, de estos breves ensayos deja algunos Estrada. Queda un estudio sobre la fundación de Melo, publicado en la "Revista Histórica", que debió ser capítulo de un librito que meditaba relativo a las fundaciones de algunas villas fronterizas del territorio oriental y para el que había acopiado ingente material documentario. Deja otro trabajo sobre la ortografía de la palabra Asencio, informe del Instituto Histórico y Geográfico en el pleito suscitado con tal motivo entre la Municipalidad de la Capital y la Comisión Auxiliar del Paso del Molino; ensayo que se enlaza con un vasto plan de depuración de nuestra nomenclatura geográfica, elaborado con la ilustrada colaboración del señor coronel ingeniero Silvestre Mato, ex-Director del Servicio Geográfico Militar y actual Presidente del Instituto; este proyecto fué expuesto en un memorándum presentado a estudio de la corporación. Hay

otro ensayito relativo a los planos de la Iglesia Catedral de Montevideo, que Estrada, rebatiendo victoriosamente la opinión más recibida, atribuye al Brigadier portugués José Custodio de Saa e Faria. Finalmente, entre las publicaciones del Instituto está también el folleto conteniendo una conferencia titulada "Fuentes documentales para la Historia Colonial", obra de mucho aliento, sí de poco volumen, donde se condensa el resultado de metódica y bien recompensada labor investigadora en uno de nuestros archivos más nutridos y menos conocidos de los historiografos nacionales. Años de ahincado trabajo en ese archivo, le dieron el dominio del material histórico, tan copioso que en él se guarda.

La tarea de documentar nuestro pasado colonial, tentaba, quizá más que otra alguna, la laboriosidad reflexiva de Estrada. Clasificando los documentos exhumados de aquel archivo, formó diez vastos conjuntos: fundaciones de pueblos, gobierno político, hacienda, bastos, historia social y eclesiástica... apenas hay rama de la historia nacional cuyo conocimiento no hubiera facilitado esa colección; lea el folleto en que detalla su formación quien quiera apreciar puntualmente lo que hubiera valido, como contribución al conocimiento de nuestro pasado, esa masa de documentos volcada sobre un período histórico. De esa suma de labor acumulada, será posible salvar una parte, publicando dos o tres volúmenes hallados entre sus papeles.

Todas las monografías de Estrada están documentadas con prolijidad extraordinaria y escritas con mucha probidad intelectual. Obra original escasa, ciertamente; apenas las primicias de un espíritu, que, consagrado a arduos estudios, maduraba lentamente la obra futura en la quietud propicia de las bibliotecas y de los archivos. Pero cada uno de estos ensayos aporta datos nuevos sobre un suceso histórico o esclarece un tema obscuro.

Una serie de monografías escritas con la pulcritud, con el método que estos trabajos de Estrada revelan, renovarían nuestros conocimientos históricos y socavaría los cimientos deleznable de muchas obras de prematura síntesis. Para algunos, maleados por el enciclopedismo superficial, vicio de nuestra cultura universitaria, esta tarea del monografista es labor secundaria, sin relieve, ni finalidad superior; tarea de erudición nimia y prolija que desdeñan, desde las alturas de su omnisciencia, los constructores de castillos en el aire de nuestro mundo intelectual. Digamos, sin embargo, que nuestras universidades y liceos harían un servicio inmenso a la causa de la cultura pública si preparasen una legión de trabajadores de ese linaje. Precisar un hecho nuevo, agregar un dato al raudal de nuestros conocimientos, sólo puede parecer tarea secundaria a los espíritus poseídos del intelectualismo trivial que entre nosotros esteriliza muchas buenas facultades y aleja del trabajo útil y modesto a muchos ingenios bien dotados. Empezar una obra pequeña con la conciencia de que está destinada a integrar un conjunto de grandeza perdurable que crecerá con la absorción de infinitas realizaciones individuales; poner en nuestro esfuerzo el entusiasmo, el ansia de perfección, el amor al ideal que nos encienda en el alma la soñada magnificencia de ese monumento colectivo: de esta persuasión puede nacer un sentimiento serio y profundo, tónico de la voluntad capaz de suplir a veces a la misma ambición personal y siempre de corroborarla e infundirle nuevo aliento. La ciencia es muy vasta y nuestra capacidad individual muy limitada. ¡Feliz quien pueda ser como el obrero que talla devotamente una piedra para la nave aérea y perenne, obrero cuya voluntad, disciplinándose, triunfa en la obra solitaria, y cuyo sueño se immortaliza sumiso al mandato de una fe colectiva.

Ramón y Cajal ha dedicado a la juventud de España un libro magistral que titula "Reglas y consejos para la investigación biológica". Aplicable al medio espiritual de hispanoamérica es todo lo que en ella escribe, con honrada sinceridad, relativo a las deficiencias de la producción intelectual española. Y otros muchos conceptos que en esas páginas se vierten serían harto optimistas aplicados a nosotros. Leálas quien quiera oír a una voz autorizada predicar el culto del trabajo modesto, el respeto por quien a él se consagra, el afán de la observación y el estudio metódicos y reflexivos. Para pocos y privilegiados espíritus, la gloria de erigir una doctrina, de formular una ley nueva o de levantar una obra de inmarcesible belleza; pero ningún esfuerzo bien dirigido es vano y miradas de obreros abnegados contribuyen con honor al progreso de los conocimientos. Pueblan nuestro mundo intelectual demasiados exquisitos prosistas o poetas, oradores consagrados, políticos aptos para las más opuestas tareas, diletantes de diversas categorías; necesitamos ahora más hombres capaces de ceñir un esfuerzo tenaz a una labor concreta de estudio y de cultura.

En la Italia moderna, no un investigador de alta alcurnia, como Ramón y Cajal, sino un artista, el poeta de "Levia Gravia" y de las "Odas Bárbaras", estampó en el curso de una de sus cáusticas polémicas — que el azar de la lectura me trae a la memoria — unas páginas críticas sobre la labor literaria de la juventud. Señalaba lo que en la producción juvenil había de limitado y vacío, lo que sonaba apenas como eco amortiguado de extrañas voces. Y esforzándose por sustraer a la crítica ligera, a la vaga literatura, a la labor inconsistente y efímera, las almas jóvenes: probad, decía, los estudios severos; sentiréis como los trabajos realizados en silencio con el tranquilo tesón de quien sabe esperar, con la serenidad de quien persigue un móvil elevado

de ciencia y de verdad, levantan y depuran el ánimo. Mostraba luego el anchuroso campo de la historia abierto a la investigación, como el más propicio para que en él se consumiera con provecho el esfuerzo de la nueva generación: "la historia literaria y civil, especialmente tratada por monografías".

El americanismo literario hoy en boga, o será una fórmula imprecisa, tema — menos novedoso de lo que algunos creen — para huevas declamaciones, o, como uno de los efectos benéficos de su influjo, arrastrará hacia los estudios históricos y científicos nacionales a muchos espíritus de la generación que surge y se prepara a emprender su obra. La depuración y crítica del acervo espiritual legado por nuestros mayores, la ordenación y conocimiento de los esparcidos vestigios del pasado, sin los cuales ninguna síntesis, ninguna resurrección histórica es posible: he ahí una obra digna de que a ella se consagren esfuerzos tenaces e inteligentes. Ni es campo yermo el de la investigación y el trabajo histórico sino para quien tiene el alma árida. Como disciplina intelectual, es de los más eficaces. Despierta el deseo de la precisión, del hecho vivo y palpitante, de la verdad que es preciso rendir con pertinacia de enamorado; educa en la escuela de la labor metódica y de la observación ahincada. Aparta de la vaguedad de la literatura clorótica, de la vanidad de los estetas y de los retóricos.

Dardo Estrada, con clara conciencia de las necesidades de nuestro ambiente, escogió para sí el trabajo "previo a toda labor especulativa" de acumular los elementos necesarios para que pueda ser escrita después la historia "por nosotros mismos o por una generación más afortunada". En varios años de ordenadas lecturas se había preparado para acometer esa obra. Poseía una extensa cultura literaria, particularmente en lo español moderno y clásico. En la revista juvenil en que hizo sus primeras armas,

“Arte”, dejó unas pocas narraciones que dan testimonio de sus dotes literarias: breves y delicadas páginas, recuerdos del paisaje español que recientemente conociera; se nota en ellas el gusto del castizo decir y de la justeza y precisión de la forma. Después no escribió más literatura y concentró su esfuerzo por entero en los estudios históricos. El libro revelador de la vocación latente fué el primero de Menéndez y Pelayo que cayó en sus manos: “Horacio en España”. En vez del tomo de versos o de cuentos — labor de adolescente — escribió la “Historia y Bibliografía de la Imprenta en Montevideo” obra utilísima de la que queda entre sus manuscritos una nueva edición, corregida y aumentada.

En su género y en el período que abarca ella es definitiva: un volumen de consulta cotidiana para los estudiosos de nuestra historia literaria. Su puesto en las bibliotecas, está junto a los libros de Zinny.

Cabe contar como antecedente de la obra de Estrada el libro del bibliógrafo español sobre la prensa periódica en el Uruguay, libro benemérito, repertorio nutridísimo de datos y noticias, arsenal inexhausto al que acuden todos los que escriben de nuestro desenvolvimiento intelectual. Es anterior también el folleto del erudito escritor don Benjamín Fernández y Medina, titulado “La Imprenta y la Prensa en el Uruguay de 1807 a 1900”, compendio hecho con propósitos de divulgación, donde se reseña, hártamente, la historia de la prensa nacional desde sus orígenes hasta morir el pasado siglo; completan este opúsculo una noticia, aún más breve, sobre los progresos del arte de imprimir en el país, y un ligero estudio sobre legislación nacional de prensa. Verdad es que nos atañen también directamente los trabajos bibliográficos de Gutiérrez, de Mitre, la monumental bibliografía de Medina, que en el período que abraza a todas las anteriores absorbe y supera. Estrada excluyó del plan de su

obra lo que se refiere a la imprenta traída por los invasores ingleses, de la que dió algunas noticias en el prólogo, y que consideraba como cosa extranjera y sin arraigo, cuya producción por lo demás cabe por entero en el libro de Medina.

Se inicia el catálogo bibliográfico de Estrada con las ediciones de la "Imprenta de la Ciudad de Montevideo", que abre definitivamente la historia de la prensa nacional con la propaganda de "La Gaceta", órgano de la reacción española dentro del recinto del asediado baluarte montevideano. Siguiendo año tras año el escueto inventario de Estrada, se asiste al pausado despertar de nuestro espíritu. Cinco piezas en el año inicial de 1810; siete en 1811; cuatro en 1812; ninguna en 1813; una en 1814; dos en 1815; dos también en 1816; ninguna en 1817; seis en 1818; seis en 1819; ninguna en 1820, ni en 1821... Si se atiende luego a la calidad de esta producción, de valor casi exclusivamente histórico y documentario, este libro muestra con precisión y claridad las vacilaciones y los progresos de nuestra vida intelectual, hasta correr la época azarosa y fecunda de la Guerra Grande y más allá, hasta 1865.

Como natural complemento de este libro, Estrada acopiaba desde hace años materiales para el catálogo de hojas sueltas, al que nunca alcanzó a dar forma.

La bibliografía fué la pasión fundamental de Estrada. Fué bibliófilo hasta la médula. Libro raro, ejemplar curioso, folleto perdido, constituyeron para él inestimables hallazgos. Entraba a una biblioteca desconocida o a un archivo inexplorado con ardor comparable a la codicia del buscador de oro que descubre un filón intacto. El goce que Mr. de Sacy, bibliófilo, fantaseaba para el caso de llegar ciego a la vejez, el deleite de acariciar con los dedos trémulos un hermoso volumen adivinando al tacto la delicadeza de una encuadernación primorosa y re-

creándose en ella, Estrada lo hubiera comprendido también. Fueron sus predilectos los libros nacionales y americanos y llegó a poseerlos muy preciados; el ejemplar admirable de Pinelo, el de Villarroel, la colección inasequible de "La Nueva Era", muchos otros que le pertenecieron, no tendrán nunca dueño más prendado de su mérito. Incansable visitador de tiendas de libros de lance, atesoró también una rica colección de folletos nacionales. Bibliófilo de raza: por un ejemplar de "La Plutónica", el folleto desconocido de la imprenta de los Ayllones, hubiera cedido alguno de los más valiosos volúmenes de su biblioteca. Más adelante, los libros, las colecciones de periódicos, requirieron como complemento la mapoteca y el monetario cuya formación inició aunque sin alcanzar a reunir cosa de mayor precio. Tuvo desde temprano el puesto propicio para el desenvolvimiento de sus actividades, la Subdirección de la Biblioteca Nacional, cuyo catálogo sistemático preparaba para la publicación comenzando por la sección histórica. No pasó por allí sin estampar un sello propio en la labor administrativa y acrecentar acertadamente el tesoro bibliográfico de la Biblioteca.

Su pasión de bibliófilo, ni manía estéril de anticuario, ni pasatiempo de coleccionista ocioso, nacía de su ardor de lector infatigable. En bibliografía histórica no hay ahora entre nosotros erudición capaz de emparejarse con la suya

Era el espíritu mejor disciplinado de la nueva generación. Por la amplitud de su cultura, por su capacidad de trabajo, por su orientación firme, parecía destinado a construir obra recia y permanente. Desdeñando las anchas rutas frecuentadas que abren la carrera de la fácil espectación y del renombre, seguía su escondida senda, absorto desde la adolescencia en la labor a la que pensaba consagrar la vida. Tuvo la vocación clara, avasalladora; una de esas vocaciones que señorean el alma en que alientan, le

dan un fin noble y útil para llenar, y le ofrecen, premio como ningún otro apetecible, el deleite que dimana de su realización. La historia por la historia. Quieta su alma en la contemplación de los recuerdos del pasado, se había purgado de pasiones y, limpia de odios de tradición, se sentía cada día más serena para el juicio. De las bibliotecas nutridas de libros en que conviven las más opuestas ideas, de los estantes de los archivos en que páran, papeles roídos de la humedad, los testimonios de los más enconados conflictos humanos, baja una lección de infinita tolerancia: Estrada la había comprendido. Pertenecía a la estirpe de los trabajadores silenciosos a quienes no mueve el halago del éxito inmediato, más el deseo de la obra sazonada en largas meditaciones, como la semilla que se abriga con tierra muelle y tibia para propiciar el lento misterio de la germinación. Murió a los treinta y un años (1). Su libro primogénio, único concluído, sus pequeñas monografías, sus colecciones documentales, defenderán del olvido su nombre. Fué un obrero eficaz de la patria cultura. Pero, por sobre todo otro sentimiento, esa obra, apenas esbozada, despertará en quienes la contemplen aquel grave de melancolía con que asistimos siempre al espectáculo de un destino irrealizado, de una hermosa vida tronchada en flor.

Murió de muerte trágica; pero su hora final fué de paz. Algunos amigos, sintiendo pesar congo-

(1) Nació en el Carmelo el 3 de Octubre de 1887, siendo sus padres don Norberto Estrada y doña Rosa Vadell de Estrada. Fué auxiliar del Archivo de la Escribanía de Gobierno y Hacienda; el 12 de Julio de 1916 fué nombrado subdirector de la Biblioteca Nacional. Fué miembro fundador del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Murió en Montevideo el 17 de Marzo de 1919. Bibliografía: *Historia y Bibliografía de la Imprenta en Montevideo*, 1912; *Asencio (Informe del Instituto Histórico y Geográfico)* 1917; *Fuentes documentales para la Historia Colonial*, 1918. De próxima publicación: *Páginas de Historia*; *Bibliografía de la Imprenta en Montevideo*, segunda edición corregida y aumentada; *Documentos sobre Historia Colonial*, 3 volúmenes.

josas en el alma las que fueron comunes y felices memorias de la adolescencia y de la juventud, cargamos su féretro por las avenidas del cementerio central en una clara tarde de verano, bañada de alegre sol. Una brisa suave, moviendo a penas las cimas de los cipreses que las sombrean, presagiaba ya la dulzura del otoño. A lo lejos, bajo el cielo sereno se tendía en honda lontananza la llanura del mar. Y, encuadrada por el arco de entrada al segundo cuerpo que abre a los ojos aquella perspectiva, sobre el fondo azul del mar y del cielo, vieja cruz de granito comido por el tiempo, ceñida entonces de lozana hiedra, abría sus brazos, amoroso signo, reliquia augusta que, entre la hermosura impasible de la naturaleza, perpetúa un símbolo de misericordia y de eterna esperanza. ¡Velado por ella su sueño, descansen el noble amigo, generoso y cordial, arrebatado a nuestro afecto en la plenitud gozosa de la vida, cuando el pecho se ensanchaba a las promesas de la juventud y el alma se sentía más que nunca ferviente en la labor del porvenir!

Abril de 1919.

GUSTAVO GALLINAL.
